

Ranking de libros

LOS LIBROS MÁS VENDIDOS
Desde el 15 al 22 de agosto de 2024.

FICCIÓN	
1	EL LIBRO DE BILL Alex Hirsch / Planeta
2	ROMPER EL CÍRCULO Colleen Hoover / Planeta
3	EL BUZÓN DE LAS IMPURAS Francisca Solar / Umbriel Editores
4	DE MÍ PARA MÍ. LA TORMENTA PASARÁ Nacarid Portal / Ediciones Déja Vu
5	ALAS DE SANGRE EMPÍREO 1 Rebecca Yarros / Planeta
6	UN CUENTO PERFECTO Elisabet Benavent / Suma de Letras
7	ALAS DE HIERRO EMPÍREO 2 Rebecca Yarros / Planeta
8	VOLVER A EMPEZAR Colleen Hoover / Planeta
9	LA ASISTENTA Freida McFadden / Suma de Letras
10	UNA CORTE DE ROSAS Y ESPINAS Sarah Maas / Planeta
NO FICCIÓN	
1	HÁBITOS ATÓMICOS James Clear / Paidós
2	CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS Marian Rojas / Espasa Calpe
3	TIEMPOS MEJORES Jorge Selme / Planeta
4	DEJA DE SER TÚ Joe Dispenza / Urano
5	G3 HONOR Y TRAICIÓN Claudio Crespo / Entre Zorros y Erizos
6	EL MONJE QUE VENDIÓ SU FERRARI Robin Sharma / Debolsillo
7	RECUPERA TU MENTE, RECONQUISTA TU VIDA Marian Rojas / Espasa Calpe
8	EL SISTEMA SOLAR José Maza / Planeta
9	CUÍDATE PARA CRECER Ana Pérez / Montena
10	ENCUENTRA TU PERSONA VITAMINA Marian Rojas / Espasa Calpe

Librerías consultadas: Artística, Feria Chilena del Libro, Librería Francesa, Lolita, Catalonia, Librerías UC.

Los nuevos colores de Adriana Riva

Ruth (Seix Barral, 2024), la nueva novela de Adriana Riva, llega para deslumbrarnos y conmovernos con sus reflexiones sobre el arte, el tiempo, y un personaje inolvidable.

Hay autoras que llegan para ir pintando de a poco su paisaje. Libro a libro, entregan un tono, un detalle, una particular forma de mirar y, cuando menos lo pensamos, ya estamos completamente envueltos por su maravilla. Es lo que pasa, lo que ha venido pasando, con el trabajo de la escritora argentina Adriana Riva (Buenos Aires, 1980); dueña de una prosa sutil, engañosamente simple, que hilvana y captura la luz en todo lo que narra.

En su última novela, **Ruth**, publicada este mes por Seix Barral, nos regala un personaje inolvidable que, también, vamos conociendo de a poco. Una mujer mayor, algo solitaria, que disfruta viendo clases de arte por Zoom (y comparte con nosotros sus apuntes, que van interrumpiendo con dulzura su relato), que nos deja asomarnos a su cotidianidad, las conversaciones con sus hijos (el abogado, el hijo con perro), las salidas o conversaciones por WhatsApp con sus amigas (que van enfermando, muriendo, que son cuidadas por sus hijas que las vigilan demasiado), sin caer nunca en la desesperanza. A veces da pudor incluir estas palabras en una reseña, por miedo a la cursilería, pero aquí son necesarias, brillan. **Ruth** es una novela hermosa, de esas que iluminan los malos días, de esas a las que una se acerca, agradecida de su existencia, de esas que sorprenden como un milagro. No es nada fácil encontrarlas. Menos aún, de escribir las. Ahí está el talento apabullante de Adriana Riva. En presentar como simple algo de esta belleza. De tanta belleza. En hacer de días en los que aparentemente no pasa mucho un lienzo cada vez con nuevos colores y detalles, infinitos. Como dice Ruth en un momento: "Los cuadros no tienen punto final, como los libros, ni créditos, como las películas; no se sabe cuándo terminan." Sus reflexiones sobre el arte son preciosas, preciadas.



La columna de María José Navía

Ruth es otro cuadro más en esta exposición. O, quizás, se trata de una exposición toda en un museo y, con cada capítulo, tenemos otra escena, otra imagen. Un nuevo color. A la manera de lo que hace, también maravillosamente, Elizabeth Strout en una de sus más grandes obras, **Olive Kitteridge**, un caleidoscopio de historias que van dando cuenta de la temperamental Olive, a quien amamos y odiamos, para quedarse por siempre en nuestro corazón. En la obra de Strout, sí, cada viñeta está contada por alguien más y Olive aparece, a veces en sus palabras y muy protagónicamente, a veces como una visita casual en el relato de otro. En la novela de Riva, en cambio, es Ruth siempre quien nos habla. Así la conocemos. Cuando nos dice, por ejemplo: "Desde que murió mi marido, vivo en la cocina. Es el único lugar de este departamento donde me siento cómoda". Para luego agregar: "Es mi manera de matar el tiempo, porque el tiempo se resiste a matarme."

Ruth dice que tiene 82 años, que se lo repite a sí misma, y aún así no se lo cree.

La obra que Adriana Riva ha venido construyendo tiene una melodía muy particular, inteligente y dulce, que destaca y sorprende en el panorama de la narrativa argentina y, también, latinoamericana.

Se acerca a la vida con maravilla e inteligencia. A ella tampoco la engaña tanto el paso del tiempo. Ve los cambios. Los disecciona. Los pone a contraluz. Así, leemos: "Aunque mis hijos insistan, ya no siento que formo parte del nosotros de nadie. Soy sola. En un texto sería una nota al pie. O una viuda, la última línea de un párrafo que queda suelta al comienzo de la página siguiente, separada del resto." O también: "La belleza no es real. La gente me ve como el día de sol poste-

rior a una gran nevada. Yo sé que soy la semana siguiente a la gran nevada." Ruth se lleva bien con sus nietas, pero también les teme ("Me gustan los niños, pero también me aterran. Me mantengo lejos, fuera de su alcance, como rezan los medicamentos"). No son toda su vida (Dice: "Una de mis nietas me dijo que parecía un dibujito animado. No quiero parecer un dibujito animado"). Su vida son sus amigas, los libros que lee, las películas que ve, las obras de arte que mira. Ahí está su gozo y su deslumbramiento. Y es tanto. Apunta en su cuaderno reflexiones breves sobre David Hockney, Donald Judd, Leonora Carrington, Edward Hopper, Sarah Sze, Chantal Akerman, Joseph Kosuth, Hilmaaf Klint, y muchos otros.

La obra que Adriana Riva ha venido construyendo tiene una melodía muy particular, inteligente y dulce, que destaca y sorprende en el panorama de la narrativa argentina y, también, latinoamericana. Desde su brillante colección de cuentos, **Angst** (publicado por Tenemos las máquinas), su conmovedora novela **La sal** (publicada por Odelia), en la que narra un *road trip* que es en realidad un viaje a la madre que está sentada en el asiento junto a la protagonista, ese viaje difícil, sus bellísimos poemas en los cuales una madre le lee a su hija **La Odisea** en medio de la pandemia, de título **Ahora sabemos esto** (y publicado por Rosa Iceberg), a su sorprendente y luminosa reciente novela, **Ruth**, su ala del museo de la literatura es una en la que quisiera quedarme mucho rato. Deslumbrada y a la espera de más colores, nuevas canciones y, siempre, tanta maravilla.

Reseña de Juan Rodríguez Medina

LA NARIZ DE DARWIN



UN OBSERVADOR PERSISTENTE
Charles Darwin
Traducción de Lili Ormeño Torres, Alquimia, 2024, 133 páginas, \$14.000.
AUTOBIOGRAFÍA

Antes de hacer el viaje que lo convertiría en el hombre que conocemos, o sea, el científico que postulará y demostrará la selección natural como mecanismo de la evolución de las especies, Charles Darwin (1809-1882) era un apasionado de las excursiones, la observación no muy estructurada de la naturaleza (le gustaba recoger minerales, mirar aves y encontrar insectos) y, sobre todo, de la caza. En 1826, por ejemplo, durante las vacaciones de verano, "totalmente entregado a la diversión", se preocupaba cada noche de dejar sus botas desabrochadas junto a su velador, para así no perder "ni medio minuto" al ponerlas en la mañana. "De qué manera disfrutaba la cacería!".

A Darwin no le iba bien en la escuela, por eso su padre lo retiró a los 16 años y lo envió a la universidad. Quería que fuera médico, como él, pero, tras dos años de estudio, al darse cuenta del poco interés de su hijo (les tenía horror a las cirugías y a la sangre, y sobre todo, igual que en la escuela, se aburría) quiso hacerlo sacerdote. Tampoco resultó. Lo que sí le hizo sentido, en Cambridge, además de coleccionar escarabajos, fue la "Narrativa personal", uno de los trabajos de Alexander von Humboldt, el famosísimo naturalista alemán. "Esta obra y la 'Introducción al estudio de la Filosofía Natural' de sir J. Herschel, agitaron en mí un ardiente interés de agregar, aunque fuese la más humilde, una contribución a la noble estructura de las ciencias naturales. Ni una docena más de libros me influenció tanto como esos dos".

La oportunidad de hacer esa contribución, o al menos de darle algún destino a su vida, llegó en 1831. "Al regresar a casa tras mi breve expedición geológica por el norte de Gales, me encontré una carta de Henslow en la que me informaba que el capitán Fitz-Roy estaba dispuesto a ceder parte de su propio camarote para alojar a cualquier joven que quisiera ser voluntario para acompañarlo, sin pago, como naturalista en el viaje del 'Beagle'". Darwin se entusiasmó de inmediato; su padre no, y le puso una condición: "Si tú puedes encontrar a cualquier hombre con sentido común que te aconseje ir, daré mi consentimiento". Era imposible, así es que esa misma tarde el joven inglés escribió para rechazar la oferta.

Al otro día salió de caza. Mientras estaba en eso, su tío Josiah Wedgwood lo mandó a buscar y le ofreció hablar con su padre. "Debido a que mi tío pensó que lo mejor sería aceptar la oferta, y como mi padre sostenía que él era uno de los hombres más sensatos en el mundo, enseguida consintió con la mayor habilidad".

Ya con el permiso, Darwin tuvo que vencer un último escollo. Su nariz. "Al día siguiente, me dirigí a Cambridge para ver a Henslow, y desde allí fui a Londres para ver

a Fitz-Roy, y todo quedó pronto arreglado. Más tarde, cuando me volví muy cercano a Fitz-Roy, oí que estuve a punto de ser rechazado debido a la forma de mi nariz! Él era un ferviente discípulo de Lavater y estaba convencido de que podía juzgar el carácter de un hombre basándose en el contorno de sus rasgos; por lo que dudaba de cualquier persona con una nariz como la mía pudiese poseer la energía y determinación suficientes para el viaje. Pero creo que él más tarde se sintió satisfecho de que mi nariz hubiese hablado falsamente".

El 27 de diciembre de 1831, Darwin y su nariz embarcaron en el "Beagle". Regresaron a Inglaterra el 2 de octubre de 1836. En esos cinco años, la ciencia desplazó a la cacería como su gran pasión—"Descubrí, aunque de manera inconsciente e insensible, que el placer de observar y razonar era mucho mayor que el de las destrezas y el deporte"—y comenzó a dudar, primero, del Antiguo Testamento—"no era mucho más confiable que los libros sagrados de los hindúes"—, luego, ya de vuelta en casa, en los dos años que siguieron al viaje, justo antes de casarse, de Dios y el cristianismo: "Esta incredulidad se arrastró hacia mí a un ritmo lento, pero logró su cometido".

Darwin cuenta su vida en "Un observador persistente", título que la editorial chilena Alquimia eligió para publicar su autobiografía. Es un texto ameno, con el tono de un informe médico o quizás científico, o sea, una mezcla de descripción, interpretación y juicios; con algo de emoción, pero sin riesgo de patetismo; que quiere guardar las distancias, aunque sea imposible; con intimidad, sin exhibicionismo.

Lo redactó en 1876, a los 67 años, cuando ya era Darwin. En las primeras líneas, escritas el 28 de mayo, dice: "Un editor alemán me ha escrito para pedirme una crónica sobre el desarrollo de mi mente y carácter, con algunos bosquejos autobiográficos". En las últimas, del 3 de agosto, concluye: "Con habilidades tan modestas como las mías, es verdaderamente sorprendente que haya logrado influir en gran medida en las creencias de los hombres de ciencia en algunos puntos importantes".

En 1859 había publicado "El origen de las especies". Pasaron casi dos décadas entre su travesía con Fitz-Roy y el libro que hizo del ser humano un animal más de la naturaleza. "El viaje del 'Beagle' ha sido por mucho uno de los eventos más importantes de mi vida", dice en sus memorias, "y determinó toda mi carrera; aun así, dependió de una circunstancia tan ínfima como mi tío ofreciéndose a realizar conmigo un viaje de cuarenta y ocho kilómetros hacia Shrewsbury, lo cual pocos tíos hubiesen hecho, y de una nimiedad como la forma de mi nariz".

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura

EL MERCURIO

de Club Lectores EL MERCURIO | Seminarios y Talleres

Taller de Autobiografía

Todos tenemos una historia que contar y en este taller aprenderás a escribirla. En el transcurso de seis sesiones, el escritor Rafael Gumucio y la editora Carolina Díaz ayudarán a los talleristas a estructurar sus recuerdos y a darles un formato de narración autobiográfica. También compartirán técnicas para dejar por escrito un testimonio personal o familiar.



Profesores:

Rafael Gumucio: Profesor universitario y escritor. Columnista. Ha colaborado con medios chilenos y extranjeros tales como El País, Gatopardo y The New York Times. Autor de varios libros, como "Los parientes pobres", "Memorias prematuras" y "Mi abuela, Marta Rivas González".

Carolina Díaz: Periodista y Magíster en Periodismo del diario El País y la Universidad Autónoma de Madrid. Fue jefa de reportajes y editora general de la revista Paula. Actualmente es directora y fundadora de Memoria Creativa.

FECHAS:
Lunes 23 y 30 de septiembre, y 7, 14, 21 y 28 de octubre.
Modalidad: Online en vivo por plataforma Zoom.
Requisito: conexión a internet

VENTA: EN WWW.CLUBDELECTORES.CL/SEMINARIOSYTALLERES/
TELÉFONO: (2) 2 956 2628.
MÁS INFORMACIÓN: SEMINARIOS@MERCURIO.CL 20% DESCUENTO SUSCRIPTORES EL MERCURIO
CUPOS LIMITADOS. SE REQUIERE UN MÍNIMO DE ASISTENTES PARA REALIZAR EL CURSO. LAS FECHAS PODRÍAN SUFRIR MODIFICACIONES.